

## 17. EL HOMBRE DE TIERRA ADENTRO

*“Pancho Villa los fascinó con su primitivismo, su valentía y su astucia. Los reporteros se solazaban describiendo cómo el guerrillero se colocaba al frente de las espectaculares cargas de caballería que eran el sello personal de sus hazañas bélicas, cómo se acercaba al campamento a los soldados y tomaba una tortilla de la canasta para aderezarla con una cucharada de frijoles de la olla común –temía ser envenenado con alimentos, y el recurso le servía de protección- y, en fin, como encarnaba el machismo cien por ciento. Consecuentemente, a principios de 1914 Villa se había convertido ya en una figura de fama mundial, en tanto que el Primer Jefe era un Don Nadie para la mayor parte del público extranjero. Cuando Villa cruzaba la frontera, los altos militares y las autoridades texanas se desvivían por atenderlo y hacerse retratar en su compañía. Washington consideraba tan importante al guerrillero que mandó una gente diplomático dedicado a negociar solo con él”*

NAIPES DE POLVO página 461

Más allá de los hechos documentados que definen a Villa como un asesino feroz y alevosos cuyo perfil encaja en lo que la criminología califica de asesino sádico y serial, podríamos ensayar que simboliza al hombre de la parte más primitiva de todo periodo previo, de época agreste, intuitiva, de poderosas creaciones de un alma que despierta cargada de ensueños de la que nace una mitología de grandioso estilo, como expresión de un nuevo sentimiento de dios, de terror cósmico y anhelo cósmico de una nueva cultura ajena a lo que desde el enfoque del siglo XIX –el siglo de las Brontë, Isaacs, Stendhal, Marx y demás románticos- se denomina como mexicanidad.

Hablamos del hombre de *tierra adentro*, como se le denominaba al territorio al que llevaba el camino real que partía de Guanajuato a los confines del desierto del norte, donde vive un tipo de hombre que no tiene vínculo alguno con Mesoamérica, el sustrato telúrico que impregna las costumbres del mexicano que habla Octavio Paz, el hacinado entre Azcapotzalco, Milpa Alta, Tláhuac y Cuajimalpa.

Con el hombre de *tierra adentro*, hablamos del espíritu expresado en la saga del dios guerrero, el de Tepórac, de la sierra de Chihuahua-Sonora, del que Fernando Jordán dice “no ha aparecido el Dios pero Cruz Chávez es su profeta...la comunión de los rebeldes, que en lugar de alargar la cara para recibir la hostia en la boca, tienden sus armas...Santa Teresita de Urrea, la Santa de Cabora, Santa Agustina...los santos padres de Choqueque...Santa Barbarita que hacía milagros en las cercanías de la Longitud de Guerra, el meridiano 107 al oeste de Greenwich...” Los revolucionarios encabezados por Pascual Orozco, el hombre de Guerrero, Chihuahua, no eran el tipo de “mexicano” del que ensaya Octavio Paz; esa horda agreste, intuitiva y primitiva es más propiamente la del proto hombre de la cultura del tercer milenio que Octavio Paz, no visualiza, toda vez que un ilustrado europeizante, enclaustrado en filosofía de cátedra no podía tener la mirada cognoscitiva, la visión del hombre de hechos que hemos ensayado.

Si hubiera contado con ella, habríamos contado con un faro iluminador del rumbo que diera nacimiento y nutrición a una generación con las *disposiciones necesarias* para llevar a cabo las ingentes tareas que México necesita. No fue así.

¿Y'ora?

Pie de página número 425

